

Carta a Jesús Díaz

Fundador y director de la revista

*Encuentro de la cultura cubana*

Viena, 26 de marzo de 2001

Apreciado Jesús:

Como periodista veterano he padecido el asedio de los consejeros voluntarios que abruma con opiniones no solicitadas a quienes se aventuran a publicar un medio impreso y/o electrónico. Y heme aquí de majadero ejerciendo mis prerrogativas de lector de *Encuentro de la cultura cubana* desde el lado de los espontáneos. No abundaré en el fundamento de mis derechos, emanados de la lectura de *Encuentro*, pero sobre todo del debate a veces desencontrado que mantenemos con mi cónyuge cubana frente a cada número de la revista, sea en Viena, Santiago de Chile, Nairobi...

Al grano:

Creo percibir alguna incomodidad, *un certain malaise* en *Encuentro* y su entorno, en algunos de sus colaboradores, en determinados lectores, o quizás se trate del reflejo imaginario de un vago malestar surgido dentro de mí mismo. Al calor de la política y a veces de la contingencia, el encuentro parecería ir resultando más arduo que lo imaginado, más fragoroso, más áspero, más irritante. ¿Tendería acaso a atascarse la fluidez inicial que situaba la revista en cierto ámbito geográfico, aunque no neutro, de las ideas, a salvo en alguna medida de la esterilizante polaridad isla-exterior? Ante las dificultades del *encuentro* alguien busca culpables y los halla en los censores culturales de la isla cuyos tentáculos abarcarían el universo entero, Miami incluida.

Para dar a las cosas su nombre verdadero, digamos que la piedra de toque en este embrollo tiene nombre y apellido: se llama Fidel Castro Ruz. Revista de diálogo cultural en primer término, ¿podría convertirse *Encuentro*, en segundo término, en una revista anticastrista?

La lectura del notable artículo *Cómo y por qué la historia de Cuba desembocó en la revolución*, de Carlos Alberto Montaner, enriquece mi visión sobre la evolución singularísima de Cuba, tal como hace una década un artículo suyo me invitó a mirar hacia una Cuba futura de tolerancia, diálogo y moderación. Curiosamente, su artículo me arrastra también a comprobar el grado que puede alcanzar la inquina –hija en buena medida de la impotencia– contra Fidel Castro, a quien el autor endilga el más barroco rosario imaginable de epítetos, ingeniosos algunos, altamente ofensivos todos: *estrafalario, perturbado, inexperto, ignorante, peligroso, vinculado a hechos de sangre, muchacho desquiciado e ignorante, dotado de una voluntad de hierro y de un ego absolutamente descomunal, indiferente ante la realidad, enloquecido caudillo, gángster faccioso, tira-tiros con víctimas comprobadas, destructivo caudillo iluminado, personaje de ademanes arrebatados, incontinenca oral, gesticulación histriónico que lanza gritos en la tribuna, habituado a decir disparates, encarnación de una sicopatía de libro de texto, encarnación de los destructivos caudillos eliminados a quienes en otros países les colocan una camisa de fuerza, de modo que si uno de ellos llega a surgir, pronto deja de pertenecer al ámbito de la política y pasa al de la farmacología...*

Pienso en un académico o artista de espíritu crítico que viva en Cuba y trabaje, como es lo normal, en una institución del Estado, con hijos en la escuela o la universidad, y a cuyas manos llegase este número de *Encuentro*. Si ese intelectual

quisiera publicar un escrito relativo a un tema cultural, ¿podría sentirse inclinado a enviarlo a *Encuentro*? Fuese que admirara en mayor o menor grado a Fidel Castro, o le tuviese respeto o temor reverencial, o incluso estuviese en su fuero interno en desacuerdo con su política o con su persona, dudo que después de leer el artículo de Montaner tal intelectual quisiera, o se atreviera, a colaborar con *Encuentro*. Las razones podrían ser múltiples: irritación, prudencia, temor.

Para atraer y conservar a los colaboradores de la isla, ¿tendría *Encuentro* que instalar una aduana que atajara toda crítica acerba a Fidel Castro y su gobierno? ¿Establecer la censura en *Encuentro*? ¿Dar entrada libre a la mano larga de la censura de la isla al corazón mismo de la revista?

Veamos:

*Encuentro* –su nombre lo indica– es una revista de diálogo y todo diálogo requiere buenas maneras. ¿Buenas maneras para qué? ¿Para dialogar con Fidel Castro? Nunca he leído en sus páginas que sus editores buscasen el diálogo con el gobierno de la isla. Por el contrario, *Encuentro* apareció después de las incursiones de Hermanos al Rescate dentro de Cuba y del derribo de las avionetas, vale decir, cuando toda esperanza de *perestroika* y de diálogo político dentro de Cuba, y entre los cubanos de afuera y las autoridades de adentro, entre el gobierno de Cuba y el de Estados Unidos, se había hundido en las aguas del Estrecho de La Florida. La novedad de *Encuentro* fue que frente a las querellas de los políticos promoviera la distensión entre la gente pensante, situándose para ello en un plano totalmente distinto –el de la cultura– y guiándose por otras coordenadas: las del intercambio respetuoso de ideas y la exaltación de la creatividad.

Donde se juntan dos cubanos, a los pocos minutos se está hablando de Fidel Castro y yo supongo que no es fácil evitarlo. La presencia de Fidel Castro es absoluta y aplastante: él es la causa de todo, en sus manos están todas las llaves. Con Fidel Castro o contra Fidel Castro, he ahí el dilema que él mismo se ha encargado inteligentemente de consagrar. Una revista de *encuentro* no puede ser castrista y por lo tanto parecería condenada sin remedio a ser anticastrista, a ser parte del desencuentro y negarse a sí misma. Por cierto, dentro de la lógica de extremos irreconciliables que tantos dividendos ha dado al gobierno de Cuba, un *Encuentro* desencontrado constituiría una victoria.

¿Qué hacer?

Primero, tener muy en cuenta que Fidel Castro y su gobierno no van a dialogar jamás con sus opositores, sean éstos extremistas o moderados, ni con los promotores de encuentros culturales cubanos que no se hallen bajo su control. Ergo, no perder el tiempo ni ponerse nerviosos cuando de ese lado la recepción es de oídos sordos o de diatribas destempladas, y sobre todo no caer en la diatriba. ¿Se trataba de *encuentro de la cultura*? Pues de eso se trata.

Yo diría que el triunfo mayor de *Encuentro* sería olvidarse un rato de Fidel Castro por omnipresente que sea. La visión de *Encuentro* viene de muy atrás y es larga hacia delante. La cultura cubana no comienza en 1959 ni acabará con el eclipse de un gobernante, aunque se trate de Fidel Castro. Ese gobernante trata por cierto de regir también la cultura, pero en todas las épocas de la humanidad los intentos de ese tipo han fracasado a la postre. Para un encuentro fructífero dentro de un cerco de extremismos es preciso pisar con pies de plomo y zapato de seda. Ese encuentro requiere realismo, vale decir, no condicionar el encuentro mismo a premisas que los

otros no pueden aceptar públicamente; modestia, lo que quiere decir, repliegue de los orgullos; paciencia, esto es, conformarse con avances pequeños en un tiempo dilatado; astucia, o sea, sentido del momento, el tono, la forma y el con quién.

Hasta aquí mis reflexiones inconclusas y desordenadas.

Va un abrazo de este amigo tuyo y de *Encuentro*

Eduardo Labarca